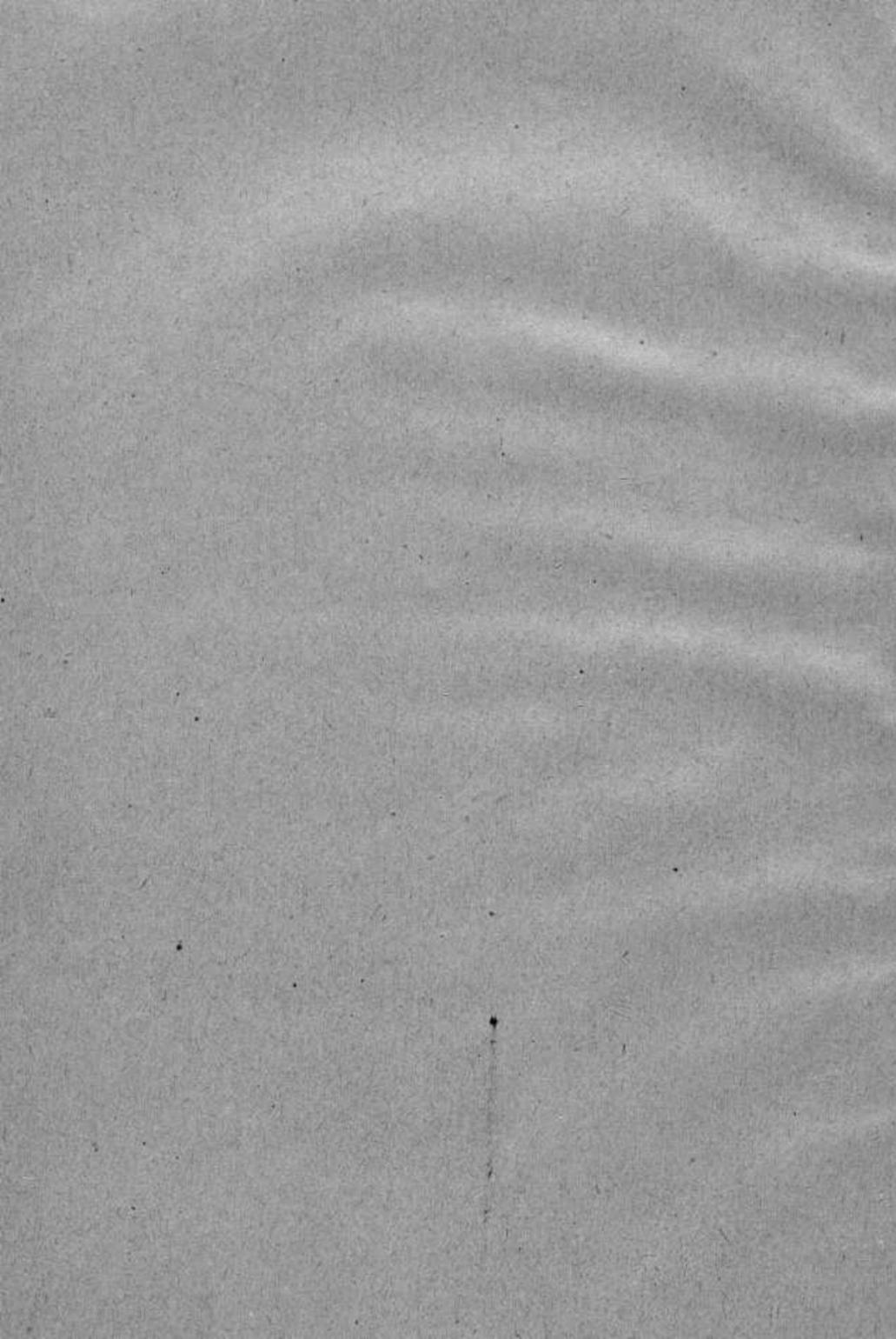
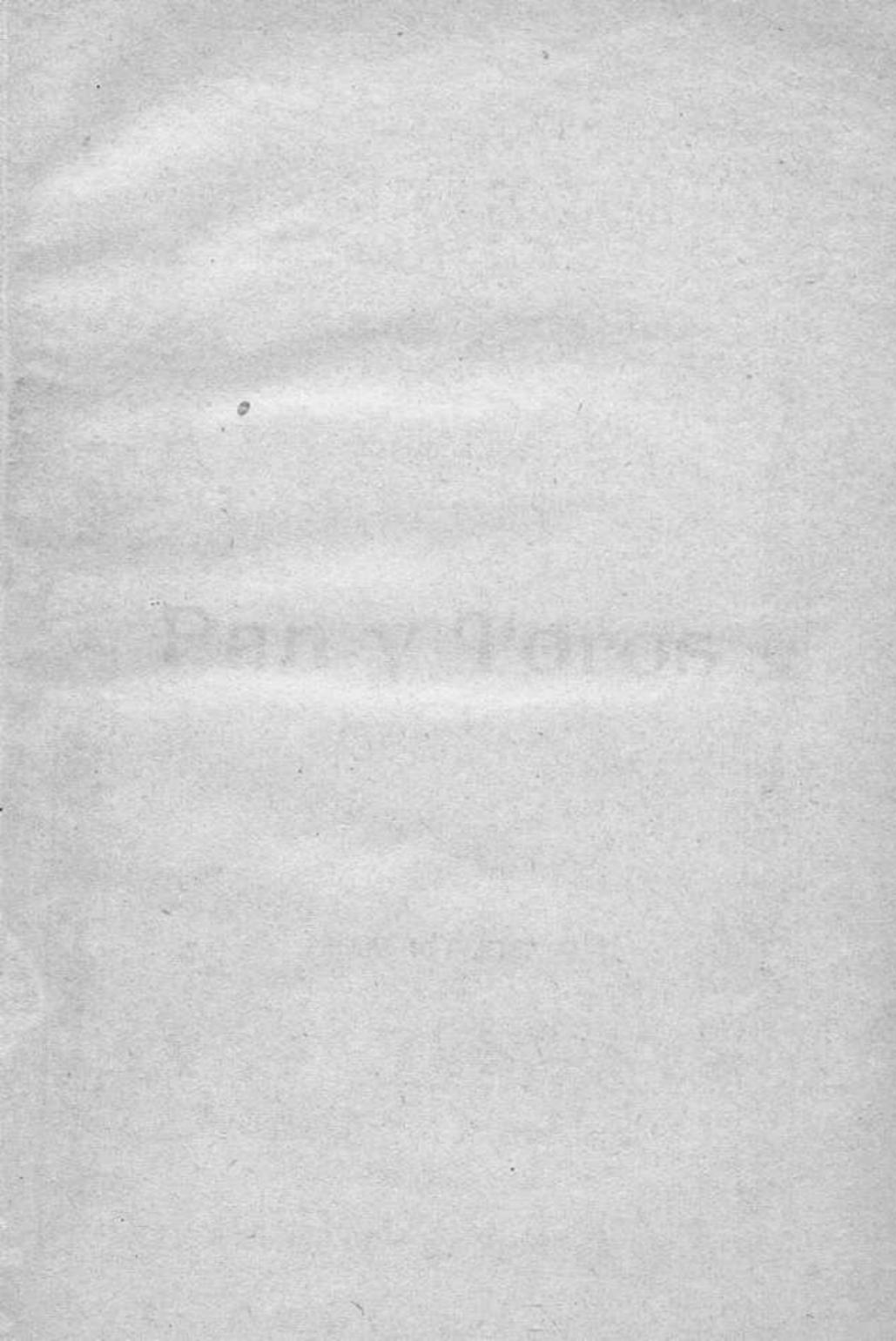


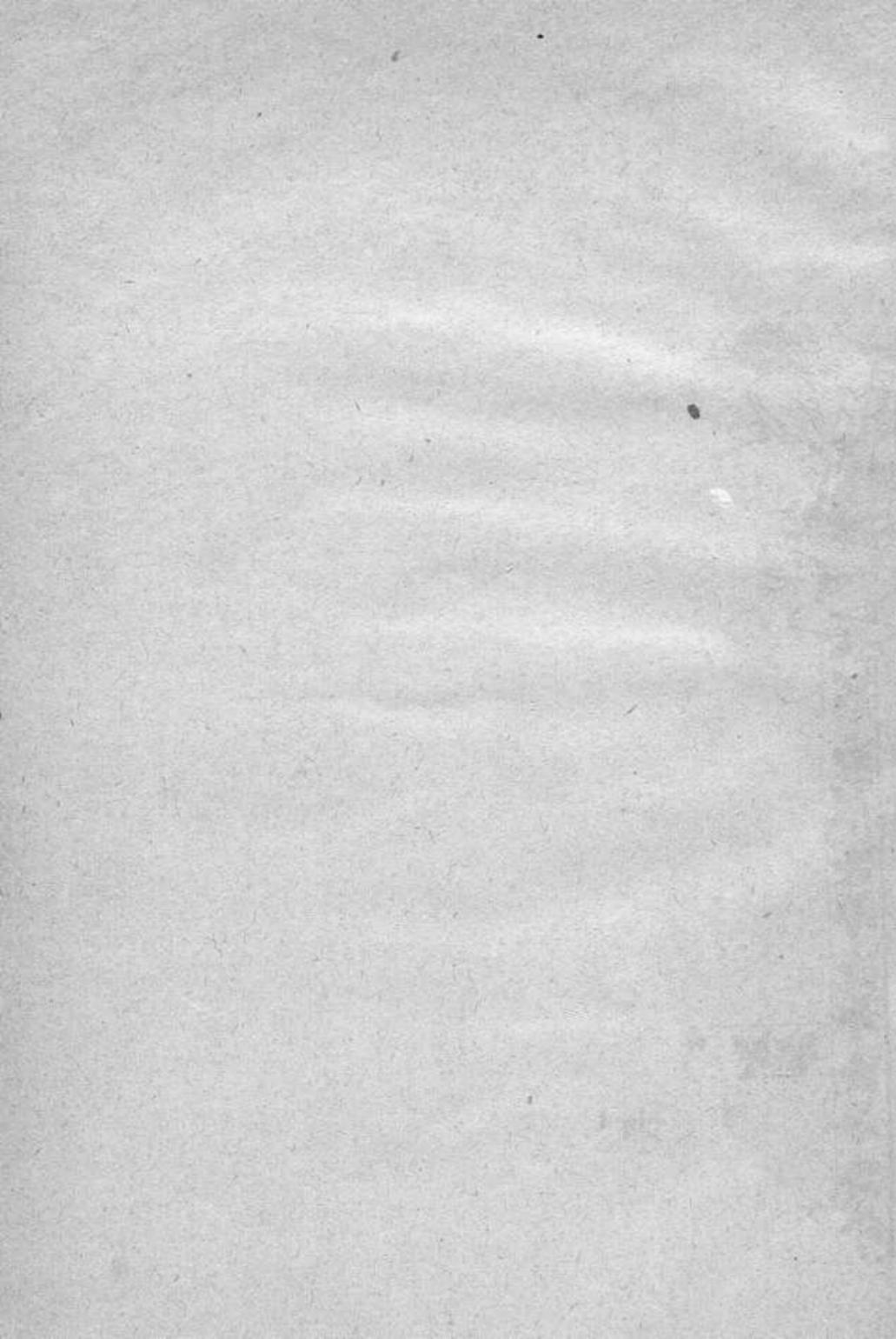
74.

PANY TOROS









BIBLIOTECA POPULAR

ILUSTRADA

JOVELLANOS



Pan y Toros

PRECIO: 10 CÉNTS.

Agencia Literaria Internacional

VELÁZQUEZ 56—MADRID

Num. 4.º

1

BIBLIOTECA POPULAR ILUSTRADA

JOVELLANOS

PAN Y TOROS

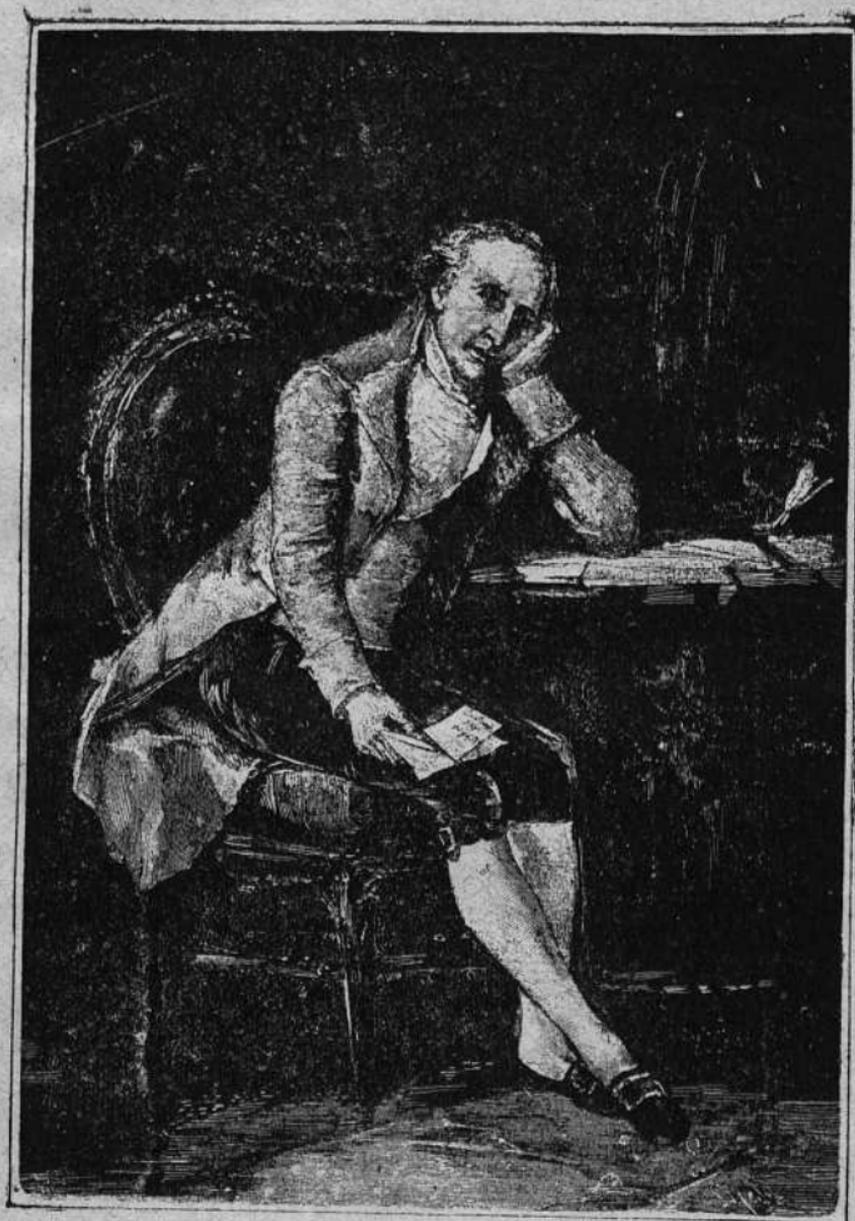


MADRID

Oficinas de «La Última Moda.»

VELÁZQUEZ, 56

Es copia de la edición impresa
en Madrid, en la imprenta de do-
ña Rosa Sanz, calle del Baño, el
año 1820.



D. GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS
(Facsimile del retrato pintado por Goya.)



PREÁMBULO

Tanta celebridad alcanzó en sus tiempos el opúsculo que con el título de *Pan y Toros* escribió el insigne Jovellanos en la última década del siglo anterior, que de él se hicieron numerosas ediciones, recogidas y perseguidas apenas se publicaban; porque las ideas tan clara, lisa, llana, intencionada y magistralmente expuestas por el el eximio humanista, no agradaban á los que tan de lo lindo vapuleaba en su escrito, que eran los que tenían entonces la sartén por mango, como vulgarmente suele decirse.

Tan acerba es la sátira contra las supersticiones, preocupaciones, injusticias, iniquidades, ignorancia, fanatismo y abyección, que aparecían en la superficie de la España de su tiempo, que bien puede afirmarse que el famoso opúsculo fué el principal motivo de las persecuciones de que su autor fué víctima, y de los largos años de prisión que sufrió en el castillo de Bellver, en las islas Baleares.

El año 1820, á favor de la libertad de que por algún tiempo disfrutó la nación, la interesante obra que vamos á reproducir apareció en un folleto calificada de «*Oración que en defensa del estado floreciente de España, dijo por los años de 1796 en la Plaza de Toros de Madrid, D. Gaspar Melchor de Jovellanos*».

Desde entonces, solo en la colección de las Obras del ilustre estadista se ha incluido el célebre y cruento opúsculo; y aunque son pocos los que no le conocen de nombre, bien puede asegurarse que son contados los que han tenido ocasión de leerle.

Con el mismo título de *Pan y Toros* se han escrito zarzuelas y novelas; á las desdichas que lamentamos, se aplica el título de la famosa sátira, siendo frase que está en todos los labios la que atribuye á nuestro pueblo á cambio de *pan y toros* toda la longaminidad y mansedumbre necesarias para sopor-tar las mayores iniquidades é injusticias.

Los lectores verán la bien dorada píldora en que envolvió Jovellanos las más acerbas y terribles censuras contra el pueblo español y sus gobernantes, para que la tragasen con comodidad y hasta con gusto, los mismos que necesitaban tan enérgico medicamento.

Si en todo tiempo y ocasión merece ser leído, estudiado y meditado un trabajo crítico como el de Jovellanos, tan profundo á pesar de su forma ligera, sarcástica y casi burlesca; en la presente época, en la que si no todas, han fructificado muchas de las semillas que arrojó á la siempre fértil aunque siempre también descuidada ó mal cultivada tierra española, ha de ser de gran utilidad y conveniencia recordarle.

Por de pronto, cotejando el cuadro que trazó el ilustre asturiano y el que ofrece nuestra nación en la actualidad, podemos considerar y apreciar los grandes adelantos que hemos realizado desde entonces: inmensos en el orden material, no tantos ni tan hondos en el orden moral; pero los suficientes para reconocer que no se han perdido del todo los sacrificios hechos por nuestros padres en el presente siglo.

Así mismo hay que reconocer que aquel pueblo que Jovellanos saca á la vergüenza, presentándonosle con la miseria moral de la ignorancia y la material de la gangrena de los vicios; dormido y todo en la abyección, fué el grandioso, admirable y heróico pueblo que al sentir el látigo del poderoso usurpador de nuestra independencia, legó á la patria las gloriosas páginas del 2 de Mayo, Zaragoza, Gerona, Bailén; y él sólo, sin dirección, sin armas ni recursos, venció al coloso que todas las naciones de Europa juntas no pudieron vencer.

Aquella sangre empobrecida y viciada, se regeneró con el fuego del amor patrio y realizó proezas que admiraron hasta á nuestros mismos enemigos, y que nos envidian todos los países del mundo, incluso el que acaba de apoderarse de parte de nuestro mal administrado patrimonio, reconociendo nuestro heroísmo y dejando á salvo nuestro honor.

Somos de la misma familia, y la ley del atavismo nos obliga á incurrir en las mismas debilidades de nuestros antepasados y á reproducir sus hazañas, como ha sucedido recientemente.

El opúsculo *Pan y Toros* fué un espejo en el que pudieron verse retratados los que formaban la España de las postrime-

rias del siglo XVIII. Es muy posible que el efecto que les produjo aquella copia fiel, fuese uno de los principales factores del heroísmo desplegado por los españoles en la guerra de la Independencia.

La verdad es dolorosa; pero el dolor, cuando no mata, da grandes y fecundas energías.

Contemplar el cuadro de la España de *Pan y Toros* que trazó Jovellanos, debe ser provechoso en los momentos que atravesamos, para ver los defectos que el tiempo ha corregido durante el siglo que ha pasado, y los que aún quedan y deben corregirse si aspiramos sincera y resueltamente á una completa regeneración.

Cuando Jovellanos atacó los vicios de que adolecía el pueblo en cuyo seno había nacido, no fué por el placer de colocarle el sambenito con que le presentó á sus propias miradas. Amaba á España y lamentaba su mísera situación, que atribuía, como actualmente atribuimos nuestras desdichas, á la incuria de los gobernados y á los desaciertos de los gobernantes.

«Quien bien te quiere te hará llorar» dice el viejo proverbio; y el insigne Jovellanos no se limitó á pintar el mal en su obra *Pan y Toros*, si no que señaló el remedio en su no menos famoso informe sobre la *Ley agraria*.

Cuando en 1808, después de haber sufrido todo género de persecuciones, viejo y enfermo, tornó á la Península y se refugió en un pueblo de Aragón en casa de un amigo; los que cooperaban á la inicua obra de Napoleón, juzgando que un cambio radical de gobierno mejoraría las condiciones de España, le escribieron para que se uniera á ellos, pues de otro modo consideraban perdida para siempre la nación española.

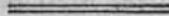
A tan apremiantes excitaciones contestó en estos términos: «Aunque la causa de la patria fuese tan desesperada como ustedes suponen—dijo á los que le escribieron en el sentido indicado—sería siempre la causa del honor y la lealtad, y la que á todo trance debe preciarse de seguir el que sea buen español.»

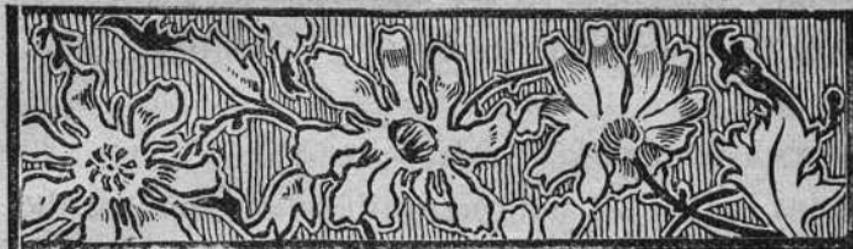
A la nueva insistencia de los que invocaban su amistad para obtener su concurso, contestó: «No puede ser mi amigo, quien deje de ser amigo de la patria.»

Como se ve por estas citas, Jovellanos era un gran patriota;

y su ánimo al escribir el opúsculo que reproducimos á continuación, fué retratar los vicios y defectos, para corregirlos no con estériles y pomposas declamaciones, sino con la verdad presentada bajo la forma más adecuada para inspirar el propósito de la enmienda.

Confiamos en que el público que tanto favor dispensa á nuestra BIBLIOTECA POPULAR ILUSTRADA, verá con gusto que forma parte de ella una obra, que á su tendencia moralizadora, reúne el título de ser una de las más hermosas paginas de la literatura castellana.





Pan y Toros

Todas las naciones del mundo, siguiendo los pasos de la naturaleza, han sido en su niñez débiles, en su pubertad ignorantes, en su juventud guerreras, en su virilidad filósofas, en su vejez legistas, y en su decrepitud supersticiosas y tiranas.

Ninguna en sus principios ha evitado el ser presa de otra más fuerte: ninguna ha dejado de aprender de los mismos bárbaros que la han invadido: ninguna se ha descuidado de tomar las armas en defensa de su libertad cuando ha llegado á poder conocerla: ninguna ha omitido el cultivo de las ciencias, apenas se ha visto libre: ninguna ha escapado de la manía de legisladora universal si se ha considerado científica y ninguna ha evi-

tado la superstición luego que ha tenido muchas leyes.

Estas verdades, comprobadas por la historia de todos los siglos, y algunos libros que habían llegado á mis manos, sin duda escritos por los enemigos de nuestras glorias, me habían hecho creer que nuestra España estaba ya muy próxima á los horrores del sepulcro; pero mi venida á Madrid, sacándome felizmente de la equivocación en que vivía, me ha hecho ver en ella el espectáculo más asombroso que se ha presentado en el universo, á saber: todos los periodos de la vida racional á un mismo tiempo en el más alto grado de perfección.

Ha ofrecido á mi vista una España niña y débil, sin población, sin industria, sin riqueza, sin espíritu patriótico, y aún sin gobierno conocido; unos campos yermos y sin cultivo; unos hombres sucios y desaplicados; unos pueblos miserables y sumergidos en sus ruinas; unos ciudadanos meros inquilinos de su ciudad; y una constitución, que más bien puede llamarse un batiborrillo confuso de todas las constituciones.

Me ha presentado una España muchacha, sin instrucción y sin conocimientos; un vulgo bestial; una nobleza que hace gala de la ignorancia; unas escuelas sin principios; unas universidades fieles

depositarias de las preocupaciones de los siglos bárbaros; unos doctores del siglo x, y unos premios destinados á los súbditos del emperador Justiniano y del papa Gregorio IX.

Me ha ofrecido una España joven, y al parecer llena de un espíritu marcial de fuego y fortaleza; un cuerpo de oficiales generales para mandar todos los ejércitos del mundo, y que si á proporción tuviera soldados, pudiera conquistar todas las regiones del universo; una multitud de regimientos, que aunque faltos de gente, están aguerridos en las fatigas militares de rizarse el cabello, blanquear con harina el uniforme, arreglar los pasos al compás de las contradanzas, gastar pólvora en salvas en las praderas, y servir á la opresión de sus mismos conciudadanos; una marina pertrechada de costosos navíos, que si no pueden salir del puerto por falta de marineros, á lo menos pueden surtir al Oriente de grandes y finísimas pieles de ratas de que abunda; unas fortificaciones, que hasta en los jardines de recreo horrorizan á los mismos patricios que las consideran como mausoleos de la libertad civil; y unas orquestas bélicas capaces de afeminar á los más rígidos espartanos.

Me ha mostrado una España viril, sabia, reli-

giosa, y profesora de todas las ciencias. La ciudad metrópoli tiene más templos que casas, más sacerdotes que seculares, y más aras que cocinas. Hasta en los sucios portales, hasta en las infames tabernas se ven retablitos de papel, pepitorias de cera, pilitas de agua bendita, y lámparas religiosas. No se da paso que no se encuentre una cofradía, una procesión ó rosario cantado; por todas partes resuenan los chillidos de los capones, los rebuznos de los sochantres y la algarabía de los músicos, entreteniendo las almas devotas con villancicos, gozos y arietas de una composición tan seria y unos conceptos tan elevados, que sin entenderlos nadie, hacen reír á todo el mundo.

Hasta los más recónditos y venerables misterios de la religión, se cantan por los ciegos en las puertas de los bodegones al agradable y magestuoso compás de la guitarra. No hay esquinaldo que no se empapele con noticias de novenarios, ni en que dejen de venderse relaciones de milagros tan creíbles como las transformaciones de Ovidio.

Las ciencias sagradas, aquellas divinas ciencias cuyo cultivo hizo sudar á los padres de la Iglesia, se han hecho tan familiares, que apenas hay ordenadillo desbarbado que no se encarama á enseñarlas desde la cátedra del Espíritu Santo.

El delicadísimo ministerio de la predicación, que por particular privilegio se permitió á un Pantero, á un Clemente Alejandrino, á un Orígenes, hoy es permitido, aun *invito episcopo*, á cualquiera frailezuelo que lo toma por oficio mercenario.

Las Escrituras santas, incorruptibles cimientos de la religión, son manoseadas por simples gramáticos, que cada día nos las dan en castellano de una manera tan nueva, que no las conoce la madre que las parió.

Las lenguas extranjeras se aprenden cuando se ignora la lengua patria, y por los libros franceses se traducen los escritos de los hebréos. La filosofía se ha simplificado con las artificiosas abstracciones de Aristóteles, y descargándola de la pesada observación de la naturaleza, se la ha hecho esclava del *ergo* y del sofisma.

La moral, que fué la formadora de los Platones, los Sócrates, los Demóstenes, los Cicerones, los Plutarcos y los Sénecas, sólo sirve entre nosotros á tinturar levemente á los que dejando de ser filósofos, se han de meter á procesistas y llegan á legisladores. El derecho natural se reputa por inútil y aun nocivo. El derecho patrio se estudia por la legislación de una nación que ya no existe. La poesía es despreciada como una expresión de

locura, y la oratoria como pasatiempo de la ociosidad. Nuestros predicadores y nuestros abogados, han descubierto el inestimable tesoro de ser letrados sin cultivar las letras, y vender caras las más insulsas arengas y pajosos informes. Las obras con que cada día nos enriquecen estos sabios, nos harán sin duda notables en los siglos venideros. Sus sermonarios y sus papeles en derecho, servirán de envoltorio de pimienta y especias, y no dejarán de ser útiles á los cartoncistas y boticarios.

El venerable nombre de teólogo apenas se concedía en la antigüedad hasta que las largas vigili-
as, continuadas tareas y profundas meditacio-
nes, habían blanqueado el cabello y arrugado el
rostro; pero en el día se logra aun sin apuntar la
barba y sin más trabajo que arrastrar bayetas seis
ó siete años en una Universidad, y haber ejerci-
tado el pulmón en disputas pueriles sobre bagate-
las despreciables.

Un jurisperito creía Atenas que no se formaba
sin el socorro de todas las ciencias, sin el perfecto
conocimiento del corazón humano, y sin la obser-
vación infatigable de la ley eterna; y un jurispe-
rito lo ve España formado con unos miserables
principios de lógica, con un superficial estudio del
Vinio, y con unos cuantos años de instrucción en

los errores forenses y en las iniquidades de los pleitos.

En la Medicina no tenemos que envidiar á ninguno: tenemos quien nos sangre, nos purgue y nos mate tan perfectamente como los mejores verdugos del universo. La riqueza de nuestros boticarios es una prueba de la sabiduría de nuestros médicos y de su propensión al arte jaropístico y á la ciencia recetaria y curandera.

Las matemáticas las estudiamos poco, porque sirven para poco, y reduciendo á demostración todas sus proposiciones, no dejan campo al entendimiento sublime para hacer lo blanco negro y lo negro blanco, con la admirable fuerza de un argumento en *Darii*, *Baralipton* ó *Frisenmorum*.

El comercio, que los extranjeros ponderan, con razón, como canal de las riquezas de un Estado, tiene sus principios; pero nosotros no necesitamos quebrarnos la cabeza en comprenderlos, pues les basta á nuestros mercaderes saber que lo que vale cuatro deben venderlo por seis, y prestar dinero sobre prenda *pretoria* al seis por ciento cada mes, y esto aun los más religiosos y justificados en el concepto de sus antagonistas.

La física es ciencia que siempre ha traído visos de hechicería y diablura; y aunque se han esta-

blecido algunos laboratorios, todos los hombres de carrera dicen que su estudio es niñería y pasatiempo, y que nunca saldrá de entre los crisoles un tratado de *Decisionibus curiæ*, de *Magistratibus* ó cosa semejante para la felicidad del mundo.

Me ha mostrado una España vieja y regañona, brotando leyes por todas las coyunturas. El cuerpo de un maldito derecho, engendrado en el tiempo más corrompido del imperio romano, para servir á la monarquía más despótica y llena de confusión que han conocido los siglos; el código de Justiniano concluido de retales y caprichos de los jurisconsultos, y la compilación de Graciano llena de decretales falsas y cánones apócrifos, sacaron á luz nuestras Partidas y abrieron las puertas á las más ridiculas cavilaciones de los leguleyos. Nuestra Recopilación, nuestros Autos acordados, nuestros modos de enjuiciar, todos toman de aquí su origen. La legislación castellana reconoce por cuna el siglo más ignorante y turbulento; siglo en que la espada y la lanza eran la suprema ley y en que el hombre que no tenía pujanza para envasar tres ó cuatro de una estocada, era tenido por infame, villano y casi bestia; siglo en que los obispos mandaban ejércitos y en vez de ovejas educaban lobos y leopardos; siglo en que los silbidos del pas-

tor estaban convertidos en bramidos de tigre, y en que el chispazo de una excomunión encendía la voraz hoguera de una guerra civil y sanguinaria; siglo en que la moda del derecho feudal traía los vasallos de mano en mano como pelota, é iba introduciendo entre los hombres la variedad de castas que entre los caballos y los perros; siglo en fin, que no conocía más derecho que la fuerza ni más autoridad que el poder. En esta infeliz cuna se adormeció, y en los reinados más calamitosos y violentos anduvo vacilando, hasta que el gran Felipe II el Escorialense, la sacó de entre pañales y la puso andaderas, de que jamás saldrá. Al gran Filipo debe nuestra legislación la gala despótica de que se halla revestida; debe los fortísimos baluartes de tantos Consejos, donde muda más formas que Protéo, sin peligro de que lo impida ninguno; debe tantos manantiales inagotables, que de día en día la han ido enriqueciendo con más jueces que leyes, y más leyes que acciones humanas; debe el que los diversos ramos del gobierno y la justicia se dirijan por una sóla mano como las mulas de coche; debe la fortísima falange de letrados, que armados de sus plumas y cubiertos de sus eternos pelucones, todo lo vencen, todo lo atropellan; debe el que los delirios de un testador

preocupado y avariento se veneren con una supersticiosa religión, y los fundamentos constitucionales de una sociedad se desprecien sin escrúpulo de conciencia; debe el que una nueva ley se forje en un santiamén, y la observancia de una antigua cueste un pleito de un siglo; debe el extraordinario tiento de los tribunales, que ahorcan veinte ciudadanos en un día, y discurren veinte años para quitar las mulas de un coche; y debe el que la elocuencia forense se vea en la altura en que se ve, aunque en más se viera si hubiera colocado los Consejos en el pico de Tenerife. Al Gran Filipo es deudora nuestra economía política de su indefinible sistema y de sus asombrosos reglamentos, que hasta ahora no ha entendido ninguno.

La sapientísima Compilación del contador Ripia, y las acordadas del consejo de Hacienda, serán un eterno monumento de nuestra ciencia económica. ¿Donde hay sutileza más singular que el discurso de aumentar los haberes reales, aumentando las contribuciones al pueblo? ¿Que pensamiento más feliz que el de los estancos, en donde con la sencilla operación de comprar barato y vender caro, impidiendo la concurrencia de vendedores, se gana todo aquello que se quiere? Si la codicia ó necesidad no produjese todos los días contrabandistas,

¿que interés no dejaría el tabaco, que pudiera muy bien venderse á onza de oro? ¿Por que no pudieran también estancarse el vino, el aceite, el agua, y aun el alimento de los ciudadanos? La alcabala y los millones son el fomento más singular del comercio y de la industria. No hay género que no aumente su precio, si no natural, á lo menos real y efectivo con estas gabelas; sin ellas los frutos valdrían un tercio más baratos y los sudores del labrador servirían á señalar su valor intrínseco; las manufacturas de las artes no lograrían un sobreprecio que las saca de competencia con las extranjeras, y los artesanos no trabajarían cosa de provecho si no tuvieran el papelón de exámen, ni lograrían la dicha de ser registrados en los de sus gremios; sin ellas carecería el reino de una multitud asombrosa de consejeros, administradores é interventores; sin ellas no vieran los hombres la milagrosa transformación de un infiel hecho fiel con una media firma; sin ellas no se tendría la conveniencia de encontrar á cada paso una aduana y un registro; sin ellas no se conocerían las utilísimas tropas de la Real Hacienda, que componen un numeroso ejército de holgazanes y chismosos, ni se premiaría como virtud la traición ó el espionaje. Hasta los nombres de nuestras Rentas dan á en-

tender la bondad esencial y buena fe que las caracteriza. El nombre de *Sisa* ¿que quiere decir sino la justísima operación de rapiñar á los comerciantes una azumbre por arroba, y para que no se conozca achicar los cuartillos? Se quita, es cierto; pero se disimula y publica que no se quita, contradicciones que sólo ha conseguido conciliar nuestro talento económico.

Esto es el todo de nuestra legislación, pero... ¿y las partes? Aun son más admirables y pasmosas. Cada aldea tiene su código municipal, sus contribuciones municipales y sus estatutos, que son la base de la felicidad pública. Es un deleite ir muy descuidado por un camino, y salir al encuentro un guarda á cobrar el piso del suelo que va causando al viajante mil incomodidades; llegar calado de agua y frío á una posada, y tener que ir á buscar la comida á los estancos del vino, del aceite, de la carne, de la sal, y de las demás cosas necesarias á la vida; poner la caballería al pesebre, y sobre el pago de la paja tener que pagar el derecho del cuerpo que se ató; ajustar una fanega de cebada, y acudir al corredor para que la mida; comprar un pellejo de vino, y pagar una guía ó testimonio para poderlo sacar del pueblo; no saber ninguno si dormirá en su cama ó en la cárcel,

porque el señor alcalde puede hacerle pasar allí una mala noche sin causa; y en fin otras mil cosas á este modo.

Me ha mostrado una España decrepita y supersticiosa, que pretende encadenar hasta las almas y los entendimientos. La ignorancia ha engendrado siempre la superstición, así como la soberbia la incredulidad. Entre nosotros ha estado por muchos siglos en un miserable abandono el estudio de las Santas Escrituras, que son las fuentes y el cimiento de nuestra creencia. Las antigüedades eclesiásticas han yacido bajo la lápida de las Decretales y de los abusos furtivamente introducidos; las decisiones de la Curia y las opiniones particulares han corrido parejas con las verdades dogmáticas é incontrovertibles.

En cuanto toca á la Iglesia, se ha tenido por incompetente al tribunal de la razón, y se ha tratado de herético todo aquello que no se acomoda con las máximas de Roma. La demasiada libertad en escribir de los extranjeros, ha hecho que nosotros hayamos sido en leer esclavos. El culpadísimos desprecio con que han tratado los protestantes la disciplina dogmática de la Iglesia, nos ha determinado á venerar los más perjudiciales abusos de los siglos bárbaros. El rebaño de los fieles ha sido

apacentado por rabadanes, introducidos sin autoridad de los pastores que el Espíritu Santo puso para regirle; y la sal de la doctrina y de la caridad, se ha repartido al pueblo católico por coadyutores de los párrocos, á quienes toca el saber lo que se ha de dar á cada uno. Millares de obispos ha visto España, que muy cargados de decretales y fórmulas forenses, jamás han cumplido el objeto de su misión, que no fué otro que predicar el Evangelio á todo el mundo, dirigiendo á los hombres por la vía de la paz, y no la de los pleitos. Las Santas Escrituras, pan cotidiano de las almas fieles, se ha negado al pueblo como veneno mortífero, sustituyendo en su lugar meditaciones pueriles é historias fabulosas. El influjo fraileesco ha hecho pasar por verdades reveladas los sueños y delirios de algunas simples mujeres y mentecatos hombres, desfigurando el eterno edificio del Evangelio con arrimadizos temporales y corruptibles. La moral cristiana se ha presentado bajo mil aspectos, y siendo uno el camino del cielo, ya nos lo han pintado llano, ya difícil y ya inaccesible.

La sencillez de la palabra de Dios se ha oscurecido con los artificiosos comentarios de los hombres. Aquello que el Señor dijo para que todos lo entendiesen, se ha creído que apenas uno ú otro

doctor lo pueden entender; y dando tormento á las expresiones más claras, se las ha hecho servir hasta erigir sobre ellas el ídolo de la tiranía: millones de santurrones apócrifos han llenado el mundo de patrañas ridículas, milagros increíbles y de visiones que contradicen á la terrible magestad de nuestro gran Dios: en ellas vemos á Cristo alumbrando con un candil para que eche una monja el pan al horno, tirando naranjitas á otra desde el Sagrario, probando las ollas de una cocina, y jugando con un fraile hasta serle importuno: en ellas vemos un leguito reuniendo milagrosamente una botella quebrada y un cuartillo de vino derramado, sin más fin que consolar á un muchacho, á quien se le cayó al salir de una taberna, á otro convirtiendo unas cubas de agua en vino para beber la comunidad, y á otro resucitando un pollinejo que había nacido muerto, porque no lo sintiese una hermana de la orden: en ellas vemos un hombre muerto de muchos años, conservar la lengua viva hasta confesar sus culpas, á otro tirarse de un balcón y caer sin incomodidad á la calle por ir al rosario; y un voraz incendio apagarse de repente sin más que arrojar un escapulario de estameña: en ellas vemos á la Virgen María sacar su virginal pecho para dar leche á un monje; los ángeles,

en hábito de frailes, cantar maitines porque en el convento dormían, y los santos más humildes degollando á los que no eran afectos á su religión. Los pintores imbuídos de estas especiotas, han representado en sus tablas estos títeres espirituales, y el pueblo idólatra les ha tributado una supersticiosa adoración. La Iglesia ha trabajado de continuo en desterrar de los fieles la preocupación de atribuir virtud particular á las imágenes, y los eclesiásticos no han cesado de establecerlas. Una imagen de Cristo ó de la Virgen, se ve en un rincón descuidada, sucia y sin culto, al paso que otras se ostentan en costosos retablos, y no se muestran sino con muchas ceremonias y gran suntuosidad. La Virgen de Atocha, la de la Almudena y la de la Soledad, se compiten la primacía de milagrosas, y cada una tiene su partido de devotas, que si no son idólatras, no les falta un dedo para serlo. La religión la vemos reducida á meras exterioridades; y muy pagados de nuestras cofradías, apenas tenemos idea de la caridad fraterna: tenemos por defecto el no concurrir con limosnas á una obra de piedad, y no escrupulizamos de retener lo que es suyo á nuestros acreedores; confesamos todos los meses, y permanecemos en los vicios toda nuestra vida; somos cristianos en el nom-

bre, y peores que gentiles en nuestras costumbres; en fin, tememos más el oscuro calabozo de la Inquisición, que el tremendo juicio de Jesucristo...

Pero ¿qué es esto? ¿Cómo mi oficio de panegirista lo he convertido en censor rígido, y cuando me he propuesto defender á mi patria, la culpo de unos defectos tan abominables? No, pueblo mío; no es mi fin el ponerte colorado, sino el de demostrar que nuestra España es á un mismo tiempo niña, muchacha, joven, vieja y decrepita; teniendo las propiedades de cada uno de estos períodos de la vida civil. Conozco tu mérito, y en este augusto anfiteatro, donde sólo celebra sus asambleas el pueblo español, estoy viendo tu buen gusto y tu delicadeza. *Las fiestas de toros* son los eslabones de nuestra sociedad, el pábulo de nuestro amor patrio y los talleres de nuestras costumbres políticas.

Estas fiestas, que nos caracterizan y nos hacen singulares entre todas las naciones de la tierra, abrazan cuantos objetos agradables é instructivos se pueden desear: templan nuestra codicia fogosa; ilustran nuestros entendimientos delicados; dulcifican nuestra inclinación á la humanidad; divierten nuestra aplicación laboriosa, y nos preparan á las acciones generosas y magnánimas. Todas las

ciencias, todas las artes, concurren á porfía á perfeccionarlas, y ellas á porfía perfeccionan las artes y las ciencias. Ellas proporcionan hasta al bajo pueblo la diversión y holganza, que es un bien, y le impiden el trabajo y la tarea, que es un mal; ellas fomentan los hospitales (monumentos que llenan de honor á las naciones modernas) surtiéndolos, no sólo de caudales para curar los enfermos, sino también de enfermos para emplear los caudales, que son los dos medios indispensables de su subsistencia; ellas mortifican los cuerpos con la fatiga y sufrimiento de la incomodidad, y endurecen los ánimos con las escenas más trágicas y terribles. Si los cultos griegos inventaron la tragedia para purgar el ánimo de las abatidas pasiones del terror y miedo, acostumbrando á los ciudadanos á ver y oír cosas espantosas, los cultos españoles han inventado las fiestas de toros, en que se ven de hecho aún más terribles que allí se representaban en fingido. ¿Quién, acostumbrado á sangre fría á ver á un hombre volando entre las astas de un toro, abierto en canal de una cornada, derramando las tripas y regando la plaza con su sangre; un caballo, que herido, precipita al jinete que lo monta, echa el mondongo y lucha con las ansias de la muerte; una cuadrilla de toreros despavori-

dos huyendo de una fiera agarrochada; una tumultuosa gritería de innumerable gente, mezclada con los roncossilbidos y sonidos de los instrumentos bélicos, que aumentan la confusión y espanto; quién, digo, quién se conmovería después de esto al presenciar un desafío ó una batalla? ¿Quién, admirando la subordinación del pueblo inmenso, á quien en la ocasión que se le concede más libertad, se le presenta el verdugo que le amenaza con los azotes de la esclavitud, podrá extrañar después la opresión del ciudadano? ¿Quién podrá dudar de la sabiduría del gobierno, que para apagar en la plebe todo espíritu de sedición, la reúne en el lugar más apto para el desorden? ¿Quién dejará de concebir ideas sublimes de nuestros nobles, afanados en proporcionar estos bárbaros espectáculos, honrar á los toreros, premiar la desesperación y la locura y proteger á porfía á los hombres más soeces de la república? ¿Quién no se inflamará al presenciar el valor atolondrado de un Romero, un Costillares y un Pepe-Hillo, con otros héroes del matadero sevillano, que entrando en lid con un toro, lo pasan de una estocada desde los cuernos á la cola? ¿Quién no se deleitará con la concurrencia de un gentío innumerable, mezclados los dos sexos con ningún recato, la tabernera con la grande, el

barbero con el duque, la ramera con la matrona y el seglar con el sacerdote; donde se presentan el lujo, la disolución, la desvergüenza, el libertinaje, el atrevimiento, la estupidez, la truhanería, y en fin, todos los vicios que oprobian la humanidad y la racionalidad, como en el solio de su poder; donde el lascivo petimetre hace fuego á la incauta doncella con gestos indecentes y expresiones mal sonantes; donde el vil casado permite á su esposa el deshonoroso lado del cortejo; donde el crudo majo hace alarde de la insolencia; donde el sucio chispero profiere palabras más indecentes que él mismo; donde la desgarrada manola hace gala de la impudencia; donde la continua gritería aturde la cabeza más bien organizada; donde la apretura, los empujones, el calor, el polvo y el asiento incomodan hasta sofocar, y donde se esparcen por el infestado viento los suaves aromas del tabaco, el vino y los orines? ¿Quién no conocerá los innumerables beneficios de estas fiestas? Sin ellas, el sastre, el herrero y el zapatero pasarían los lunes sujetos al improbo trabajo de sus talleres; las madres no tendrían el desahogo de abandonar sus casas y sus hijas al descuido de cualquier mozuelo cortejante, y carecerían del más bárbaro mercado de la honestidad; los médicos, del semillero más

fértil de las enfermedades; los casados, del manantial de los disgustos y el deshonor; las señoras, de la proporción de lucir su prodigalidad y estupidez; los eclesiásticos, de incentivo para gastar en favor de los pecadores el precio de los pecados; los contemplativos, del compendio más perfecto de las flaquezas humanas; los magistrados, de medios de embotar y adormecer toda idea de libertad civil; los labradores, del consuelo de ver muertas unas bestias, que vivas les traerían en continuo trabajo y servidumbre; y el reino entero, de las ventajas que le proporciona el estar las más pingües dehesas ocupadas en la cría de un ganado que sólo debe servir á la diversión y pasatiempo. En estas fiestas todos se instruyen: canta el teólogo las inagotables misericordias de nuestro Dios y su insondable providencia en ver á cada paso un milagro y á cada suerte un rayo de su clemencia en no dejar perecer en el peligro á quien ama el peligro; admira el político la insensibilidad de un pueblo, que aquí mismo tratado como esclavo, jamás ha pensado en sacudir el yugo de la esclavitud, aun cuando la inadvertencia del gobierno parece lo pone en estado de sacudirle; ve el legista la escuela de la corrupción de las costumbres, madre de los pleitos y de las rencillas que acaban las familias miserable-

mente; estudia el médico la progresiva irritación de los humores y el gérmen animado de las pulmonías y tabardillos; presencia el cirujano repetidas disecciones de hombres vivos, terribles heridas, dolorosas fracciones y universales magullamientos; observa el filósofo los más raros fenómenos de la electricidad de las pasiones; ve el físico los efectos de la refracción de la luz en la variedad de colores de los vestidos y en el ondulario movimiento de los pañuelos; se instruye el músico en el tono y ditono de millares de voces que llegan hasta el cielo con las aclamaciones festivas y los ayes lastimeros; hasta la supersticiosa beata ceba su pasioncilla de *requiem* al oír el santo nombre con que el religiosísimo pueblo ayuda á bien morir al torero que se ve entre las astas del toro. ¡Oh fiestas magníficas!, ¡oh fiestas útiles!, ¡oh fiestas deleitables!, ¡oh fiestas piadosas!, ¡oh fiestas que sois el timbre más completo de nuestra sabiduría! Los extranjeros os abominan, porque no os conocen; mas los españoles os aprecian, porque sólo ellos pueden conocerlos. Si el circo de Roma produjo tanta delicadeza en el pueblo, que notaba si un gladiador herido caía con decoro y exhalaba su espíritu con gestos agradables, el circo de Madrid hace se note si vuela decoroso sobre las astas y si arroja con decoro

las tripas. Si Roma vivía contenta con *pan y armas*, Madrid vive contento con *pan y toros*. Los téticos ingleses, los franceses voltarios (1), pasan los días y las noches entre el estudio improbo y las peligrosas disputas de la política, y apenas después de muchos meses de contrariedades acuerdan una ley, los festivos españoles las pasan entre el agradable ocio y las deliciosas funciones, y en un instante se hallan con mil leyes acordadas sin contrariedad de ninguno; aquellos han llegado á contraer un paladar tan melindroso, que se les hacen duras las natillas; éstos se han acostumbrado á tragar sin sentir los abrojos. Aquéllos son como las abejas, que se alborotan y pican cuando les quieren quitar la miel; éstos como las ovejas, que sufridas aguantan que las trasquilen y maten; aquellos, insaciables de riquezas y de prosperidad, viven esclavos del comercio y de las artes; éstos, satisfechos con su pobreza y escasez, se entregan libremente á la holganza y á la inacción; aquéllos, idólatras de su libertad, tienen por pesado un sólo eslabón de la servidumbre y éstos, arrastrando las cadenas de la esclavitud, no conocen siquiera el ídolo de la libertad. Entre aquéllos, un noble, un

(1) Recientemente han conseguido algunos departamentos del Mediodía de Francia, que el gobierno consienta las corridas de toros.

héroe, es rara producción de la naturaleza; entre nosotros se crían la nobleza y la heroicidad como las cebollas y los puerros. ¡Feliz España!, ¡feliz patria mía, que así consigues distinguirte de todas las naciones del mundo! ¡Felice tú, que cerrando las orejas á las cavilaciones de los filósofos, sólo las abres á los sabios sofismas de tus doctrinas! ¡Felice tú, que contenta con tu estado, no envidias el ajeno, y acostumbrada á no gobernar á nadie, obedeces á todos! ¡Felice tú, que sabes conocer la preciosidad de una corroída ejecutoria, prefiriéndola al mérito y á la virtud! ¡Felice tú, que has sabido descubrir que la virtud y el mérito estaban encolados á los hidalgos, y que es imposible encontrarlos en quien no haya tenido una abuela con *Don!* Sigue, sigue esta ilustración y prosperidad, para ser como eres el *non plus ultra* del fanatismo de los siglos. Desprecia como hasta aquí las hablillas de los extranjeros envidiosos, abomina sus máximas turbulentas, condena sus opiniones libres y duerme descansada al agradable arrullo de los silbidos con que se mofan de tí.

Madrid, 1766

FIN

GLORIAS DE ESPAÑA.

SE HAN PUBLICADO LOS SIGUIENTES TOMOS:

Núm. 1. *El combate del callao.*—Núm. 2. *La Virgen del Pilar dice...* (Primer sitio de Zaragoza).—Núm. 3. *El alcalde de Móstoles.*—Núm. 4. *Heroísmo aragonés* (Segundo sitio de Zaragoza).—Núm. 5. *La batalla de Lepanto.*—Núm. 6. *Los somatenes del Bruch.*—Núm. 7. *La batalla de Bailén.*—Núm. 8. *María Pita* (Defensa de la Coruña en 1589).—Núm. 9. *El sitio de Gerona*—Número 10. *Una derrota gloriosa* (Trafalgar).—Núm. 11. *Batalla de los Castillejos* (Episodios de la guerra de Africa).—Núm. 12. *¡Que viene el Drake!* (Defensa de Puerto Rico).—Núm. 13. *La batalla de San Quintín.*—Núm. 14. *El general pierna de palo* (Don Blas Lezo).—Núm. 15. *El primer guerrillero* (Juan Martín el Empecinado).—Núm. 16. *Ignacio de Loyola.*—Núm. 17. *Covadonga.*

EN PREPARACIÓN

Hernán Cortés (Conquista de Méjico).—*El cura Merino* (Burgos 1808).—*D. Francisco de Quevedo.*—*Héroes de Navarra* (Mina el mozo y Espoz y Mina).—*El Cid Campeador.*—*Diego Velázquez.*

BIBLIOTECA POPULAR ILUSTRADA

TOMOS PUBLICADOS

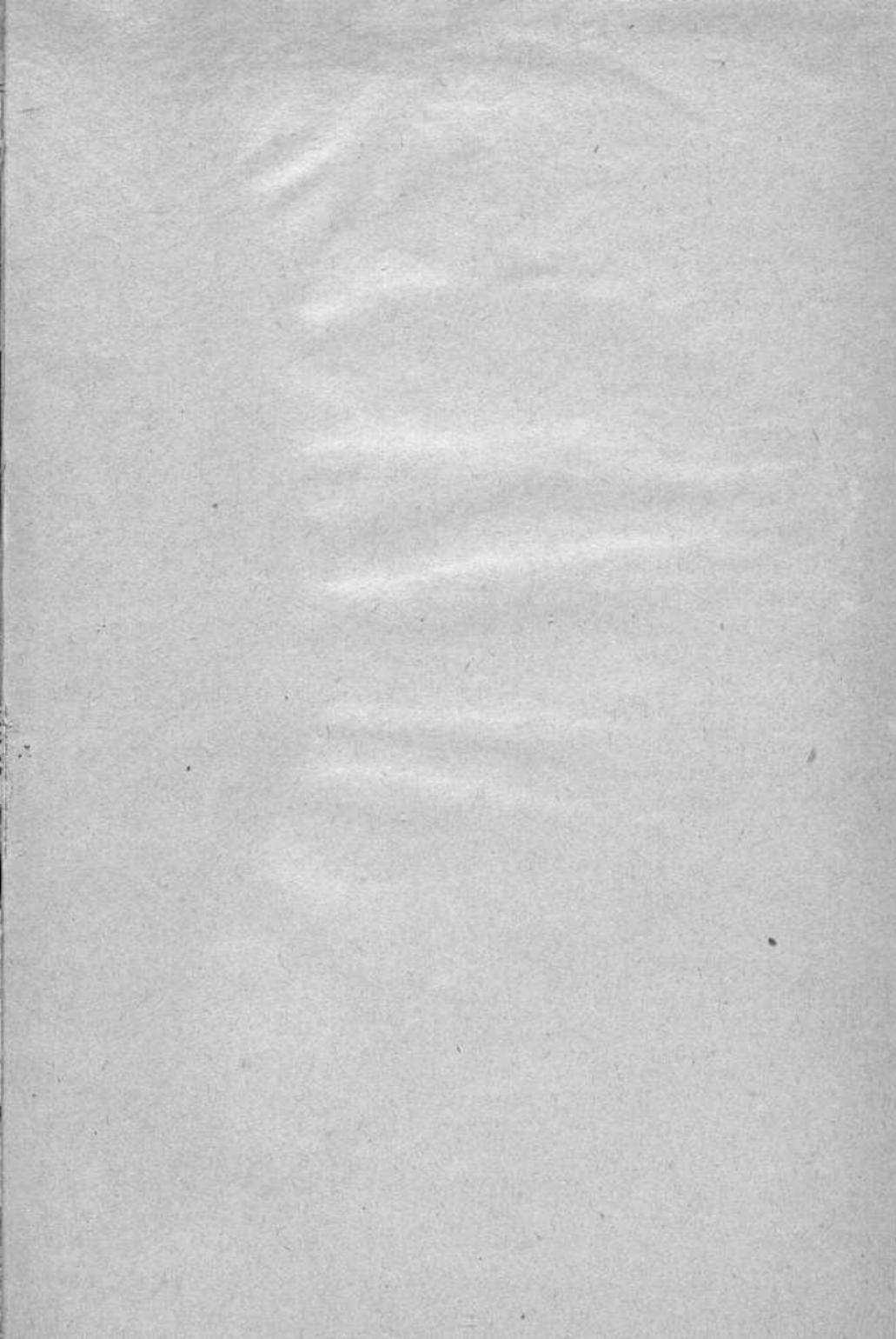
Núm. 1. *Rinconete y Cortadillo*, novela ejemplar de Cervantes.—Núm. 2. *El Cofre maldito*, por Alejandro Dumas.—Núm. 3. *El médico á palos*, comedia,

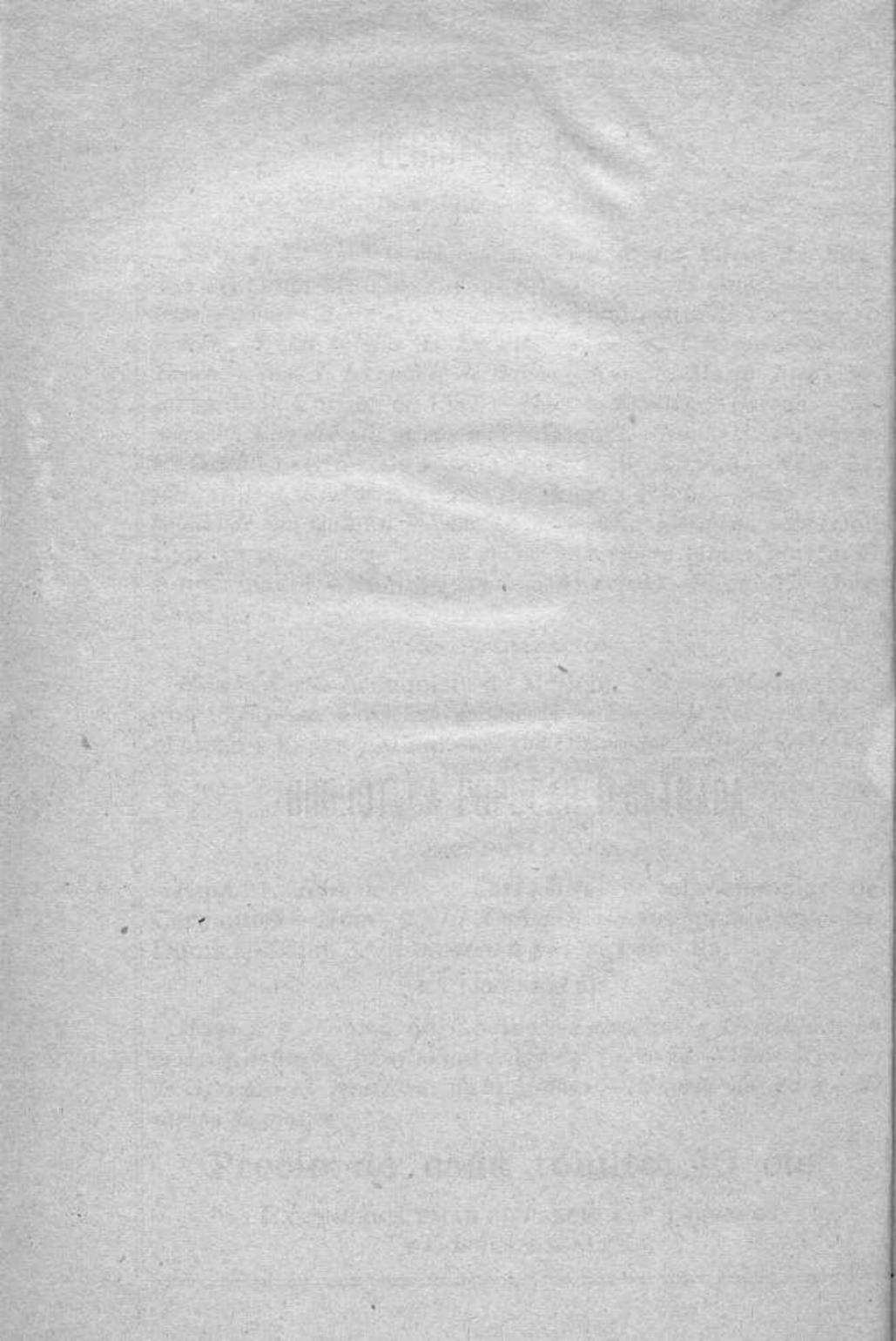
EN PREPARACIÓN

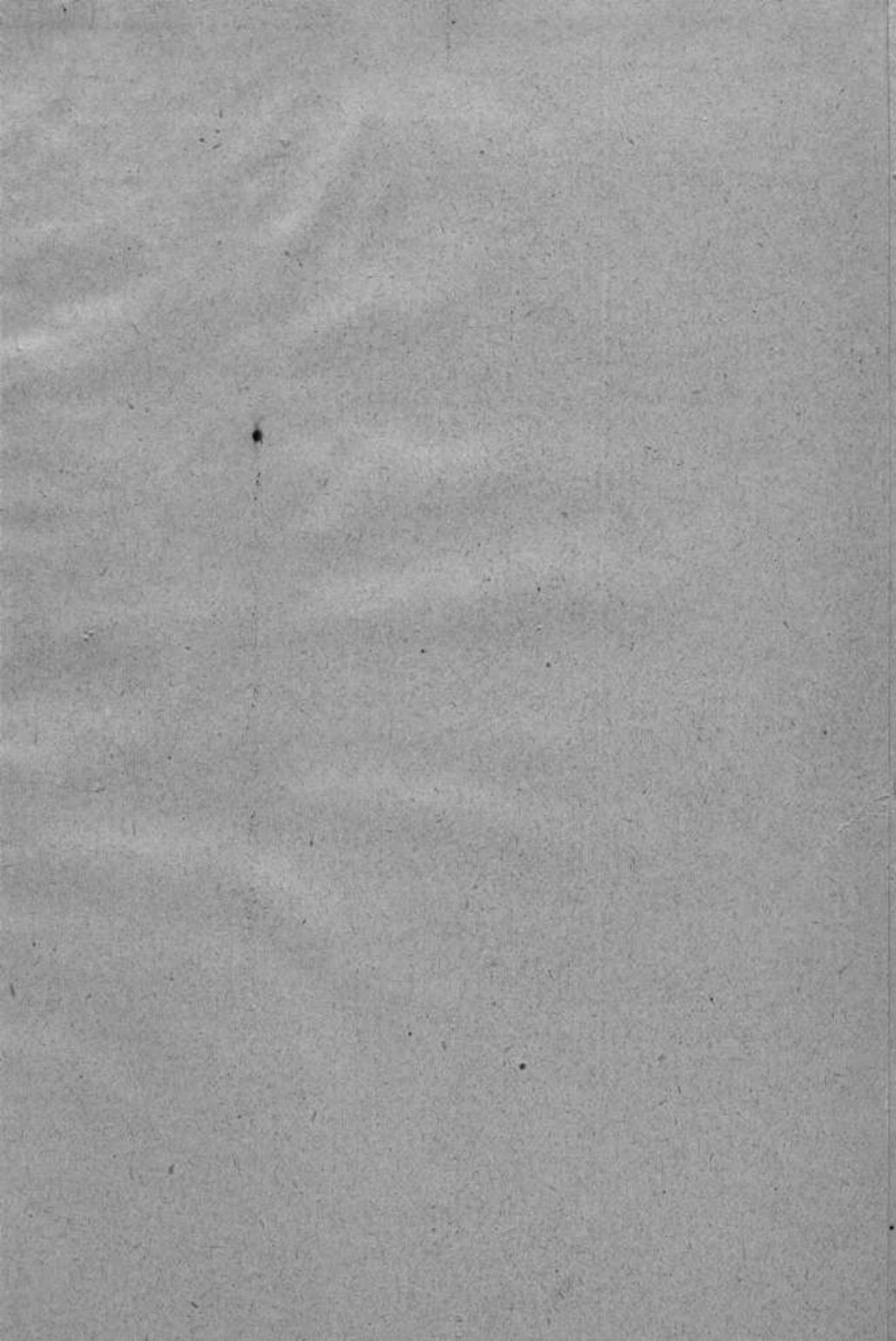
Hermán y Dorotea, de Goethe.—*Lamartine y Graciella.*—*La máscara de hierro.*—*Las minas de oro del Transwal.*—*Viaje al centro de Africa.*—*El naufragio de la Medusa.*—*Historia del reloj.*—*El carbón de piedra.*

Precio de cada tomito: 10 cts.

EN AMÉRICA FIJAN EL PRECIO LOS LIBREROS
Y CORRESPONSALES.







MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas

Número. <u>274</u>	Precio de la obra
Estante . <u>1</u>	Precio de adquisición.. ..
Tabla... <u>6</u>	Valoración actual..... ..
Número de tomos.	



14